

OCULTO SENDERO

TRES años más cayeron sobre nuestras vidas torturadas. Jorge, cuya abulia se había exacerbado, no pintaba ya. Por mi parte, y escondiéndome de él, conseguía algunos pequeños trabajos para revistas, que al verlos reproducidos, le sumían en varios días de silencio enconado...

Los hermanos de mi marido seguían alejados de Madrid y casi nuestras únicas amistades eran el maestro Galiano y su hija Julieta, que se había hecho amiga mía, hasta donde su natural reserva y carácter poco abierto y cordial admitían una amistad.

Tenía algunos años más que yo, era dulce y amable, pero la blandura de su voz, de sus maneras, cubrían, como una envoltura, un espíritu duro inabordable, como cristal de roca, y como él, brillante y luminoso... Nunca me habló de su divorcio, aunque nos tuteáramos, ni de nada que se relacionara con su pasado. Su conversación era ingeniosa, interesantísima, fluía de su cerebro original y potente como un manantial inagotable de ideas...

Habían heredado una villa en la costa de Italia, a la que pensaban retirarse a vivir definitivamente, y cuando se trasladaron a ella fuimos invitados a pasar con ellos un mes al acabarse los calores del verano.

Villa Rosina era una finca grande plantada de cipreses, con la casa en medio, de dos pisos, cómoda, grande, limpia, alegre y típica. La escalera estaba adosada al muro exterior de la casa, lo que la hacía parecer menos confortable de lo que era en realidad.

Allí disfrutábamos de una libertad absoluta. El maestro tenía sus habitaciones en el estudio y de él casi nunca salía. Julieta vivía en el fondo de la casa y nosotros teníamos todo el piso bajo a nuestra disposición. El niño, con el ama que cuidaba de él, se pasaba el día en un pabellón aparte en el extremo del jardín.

Lo mismo Julieta que yo éramos madrugadoras y nos reuníamos en la pérgola a tomar el desayuno bajo el arco formado por los cipreses lambertianos, verdes y olorosos, sobre el piso de viejas piedras entre las que brotaba la hierba...

Julieta solía llamar mi atención hacia alguna planta florecida, a algún libro que acababa de recibir, pero una mañana hablamos del matrimonio. Del matrimonio en general como crimen de lesa amor, y del mío en particular.

Estaba de acuerdo conmigo en que no debía haberme casado. Los artistas no deben casarse pero eso se aprende tarde, cuando ya no tiene remedio.

—El artista es tal vez el tercer sexo —decía yo, medio en broma, medio en veras—. Cuando averigüé que las hormigas reproductoras no trabajan, y que las obreras son estériles se me descubrió un mundo nuevo... Creo que entre los humanos son los artistas los que no deben reproducirse... no tienen la obligación de traspasar a un ser nuevo la antorcha encendida...

—Algo hay de eso... —dijo Julieta—. Miguel Ángel, Rafael, Leonardo da Vinci... las cumbres del arte no se casaron... Es que el artista lleva en su cerebro y en su alma comprendidos los dos sexos, en un extraño hermafroditismo capaz de crear... No pueden crearse hijos de la carne o hijos del espíritu con un sexo solo... Es una verdad eterna y que sin embargo acaban de averiguar los hombres... ¡A cuántos pobres seres se ha insultado y rebajado por una inversión del instinto de la que ellos no eran culpables! Es que a veces el sexo contrario al del artista toma la revancha sobre él y le convierte en un invertido, porque, ¡ay!, el placer es necesario, y el amor carnal no puede substituirse por todos los castos amores de la tierra... En fin... esta conversación nos llevaría demasiado lejos...

Y Julieta se levantó a dar su acostumbrado paseo por el jardín de cipreses que en esta primera hora del día exhalaba su perfume pagano mezclado con el fresco y salobre del mar...

Paseamos por los senderos enarenados, y Julieta se inclinaba de vez en cuando recogiendo una fresa, enderezando un tallo, arrancando una brizna de hierba mientras yo reflexionaba en lo que acababa de oír sin querer dar por terminada una conversación que me situaba dignamente, a mis ojos, en un mundo incomprensivo.

—Mi madre me decía que yo era un fracaso constante —continué—, y así ha sido. Fracasé como mujer, y como esposa... fracasé en la maternidad, fracasé en el arte.

—Eso es lo que está por ver —dijo Julieta—. En tu vida sentimental, has seguido, o te han hecho seguir, caminos equivocados, pero en el arte, has comenzado tú sola en una edad en que ya se sabe lo que se quiere... Entra ya en el sendero que hasta ahora ha estado oculto... y pisa con pie firme, aparta los obstáculos que te impiden

continuar... y si de tu vida sentimental y de tu vida artística puedes hacer una sola, verás cómo no fracasas...

Hasta entonces Julieta y yo nunca habíamos mezclado nada equívoco en las conversaciones, pero esta declaración suya por la que me demostraba saber de mí más de lo que yo suponía, me determinó a seguir las confidencias.

—No te he dicho nunca... Una vez fui a un médico... y hablando de desequilibrios físicos y cerebrales que yo padecía, me hizo un diagnóstico que no me dijo sino que leí en una tarjeta a otro médico.

—Decía...

—Pues decía «Un caso curioso de inversión del instinto... de lo que hablamos la última vez...».

—Sí —contestó únicamente Julieta.

—A mí me dijo que era un caso corriente entre artistas, y que hasta no lo eran completos si no...

—Muy bien... estaba al tanto de lo que han dicho otros médicos...

—Yo he sido siempre una desgraciada... Lo que en una mujer soltera no hubiera tenido importancia ha constituido la tragedia de mi vida... A temporadas me resignaba, reflexionando que era una ley casi divina... Otras veces me consideraba prostituida... ya que por la tranquilidad de mi casa, lo hacía sin deseo y sin amor, como las que se venden por dinero... Tenía accesos de casi locura... Y así diez años, quince años... veinte... Negándome, rehuendo por el momento, pero consintiendo al fin... Y el pobre Jorge, incomprensivo, sin saber... enfermo de los nervios de las abstinencias prolongadas a veces en años, sospechando la falta de amor, pero nada más...

Aquí, Julieta se indignó:

—¡Y tú callando! ¿Por qué y en nombre de qué? Perdiendo una vida que pudo ser fecunda para el arte, y haciendo de mujercita casera... ¡Me irritas! En el fondo de todo eso solo hay cobardía, falta de dignidad, rutina... miedo a la vida...

Doliéndome un poco sus palabras, dije:

—También lástima por Jorge... Él no podía comprender... solo veía mi desamor y estaba enfermo por mi causa...

—Y, ¿quién tenía lástima de ti? Di, ¿quién la tenía? Tú también estás enferma de soledad, de equivocaciones, de adaptación a un medio que no era el tuyo, que no lo ha sido nunca a pesar de todos tus esfuerzos... y toda tu incomprensión también... de falta de una compañía femenina, de un alma y un cuerpo femeninos (perdona, estamos en una hora de sinceridades) de una mujer que te hubiera completado, dándote el placer necesario en la vida y en el arte...

No quise mezclar confidencias y callé un poco avergonzada.

—¿Es que tú no eres digna de lástima? Más que él, cien veces más, porque toda tu vida es un esfuerzo para conseguir lo que ya, en el otoño de tu vida, no has conseguido... ¡Tienes treinta y ocho años! Lástima de vida fracasada... Yo sí te tengo lástima... ¡Pobre criatura! —dijo pasándome un brazo por el hombro—. ¡Pobre criatura! Pero solo yo te la tendré... y solo los cobardes quieren ser compadecidos... Aún tienes tiempo... Habla claro con él una vez... o no hables, pero pórtate en consecuencia con tu naturaleza... Todo menos seguir picoteando en el corral con las gallinas, cuando se es un ave exótica (y dispensa la metáfora). No hay mérito en serlo ni en no serlo... Las cosas son... porque son...

—Pero ¡este pobre hombre!

—Y, ¡dale con la compasión! Te digo que a ti nadie, ni él, te la tiene, ni te la tendría sabiendo la verdad... porque los que son normales *nos* desprecian...

Y calló. Aquel *nos* que la colocaba a mi lado, puso entre nosotras una inquietud y un silencio... Ella se encaramó a la tapia arreglando unas madresevas y dijo:

—¡Qué azul está el mar! No parece otoño...

Y luego, saltando al suelo, continuó:

—Piensa en lo que hemos hablado, reflexiona y compadécete como compadecerías a un extraño... Recuerda tus amarguras de un día y otro día para encontrar en ellas la justificación a las determinaciones que hayas de tomar... Piensa hasta que punto te has sentido degradada...

—Sí... ha sido terrible... Siempre me parecía haberme prestado a un acto contra naturaleza...

—Ahora has dicho la palabra exacta. Contra naturaleza, contra tu naturaleza... Bien, ya está dicho todo. No hablemos más. Medita si esa vida que llevas merece continuarse... y no repitas a nadie nuestra conversación... Las palabras y los pensamientos son lo importante de la vida... los actos son una consecuencia... y tienen menos importancia de la que les damos... —dijo, pensando para ella—. ¿Vas a pintar hoy?

Yo estaba haciendo el retrato de Lalín. El pequeño, que tenía cinco años, barriendo con una escoba enorme las hojas tostadas de otoño... El contraste entre su carita rosa, en capullo, sus ojos nuevos de porcelana brillante, y las hojas caducas, y el paseo de álamos amarillos, me había seducido.

Un día, viéndole barrer la avenida que estaba a espaldas del jardín, había hecho un apunte en mi cuaderno, que Julieta mostró a maestro, entusiasmada.

—El mejor regalo que podría usted hacerme es este cuadro tal y como le ha concebido —me había dicho el abuelo, y dirigiéndose a Jorge—. Tu mujer tiene madera de artista...

Desde el día siguiente tuve a mi disposición lienzo, pinceles, y un rincón del jardín en sombra, desde donde veía la alameda, y posaba un cuarto de minuto Lalín todos los días... Jorge me miraba entre complacido y sarcástico:

—¡Mira tú por dónde...!

El cuadro quedó terminado y colgado en el salón la víspera de marcharnos y el maestro y Julieta me dieron cartas y tarjetas para familias aristocráticas y escritores de nombre y dinero, a quienes debía visitar.

—Si consigue usted —me dijo el maestro—, y es casi seguro que lo ha de conseguir, hacer el retrato de los pequeños herederos de estas casas, tiene usted hechos su nombre y su fortuna...

Buena falta nos hacía. Algunos asuntos desgraciados de Jorge habían dado al traste en poco tiempo con el modesto capital que dejó mi madre, muy mermado ya en enfermedades y viajes. Aquel invierno renunciábamos a la casa por demasiado cara y a una de las criadas, lo que me obligaba a trabajar en un piso pequeño e incómodo, ayudando a la sirvienta, con gran complacencia de Jorge y melancólica resignación de mi parte...

Ahora, la feliz perspectiva de los retratos infantiles, la resolución heroica que pensaba tomar al llegar a casa, trasladando mi dormitorio a otra habitación, y el diálogo razonado que tendría con Jorge para determinar nuestras futuras relaciones, me sostenían en un estado inquieto y casi febril.

Desembarcamos en Alicante, donde vivía Antonio, casado y con cuatro pequeños que aún no habíamos visto. No avisamos la

llegada. Jorge había hecho todo el viaje de negro humor, aunque trataba de disimularlo. Según me dijo se había aburrido a morir en Villa Rosina, porque el maestro empezaba a chochear y en cuanto a Julieta, le encontraba un no sé qué, repelente...

Mi cuñada María era una mujer de mi edad, rubia linfática, de ojos azules y claros y frente arqueada y pura. Muy maternal, muy resignada, muy bondadosa... El ideal de la mujer casada. Tal vez era inteligente pero, absolutamente embargada por el cuidado de sus hijos, casi no pude nunca conversar con ella... Por otra parte, ya no quería intimar sabiéndome al margen de la vida...

Jorge y Antonio sostenían largas discusiones como siempre después de comer y cenar y cada sobremesa solía durar varias horas. A los dos días, una noche se puso sobre el tapete la felicidad del hogar y de la familia. Con este motivo se habló de Julieta.

—Las mujeres muy inteligentes no sirven para el matrimonio —dijo mi cuñado—. Tal vez en el extranjero... pero el español es un poco moro, y no puede resignarse a una superioridad intelectual demasiado manifiesta en la mujer...

—Pues si son tan listas que no se casen —gruñó Jorge.

—¿Qué sabemos? —dije yo, refiriéndome a Julieta—. Tal vez ella le querría al casarse... Él también creo que es muy inteligente... pero el amor no es eterno, los cariños evolucionan, en este o en el otro sentido... y en el mejor de los casos se convierte en un sereno afecto fraternal...

Jorge me miraba fijamente esperando de mis palabras la solución del sombrío monólogo que desde hacía años sostenía su espíritu sin encontrarla...

—Y eso, ¿tarda mucho en pasar? —dijo Antonio en broma y queriendo quitar importancia a mis palabras.

—Según —dije, ya decidida a todo—, pero es irremediable.

—¡Ya lo habéis oído! —gritó Jorge con una de sus iras fulminantes—. Ya lo habéis oído... A los veinte años de matrimonio mi mujer ha descubierto que no me quiere... lo más que puede ofrecerme es un cariño fraternal... Pues ¡te lo guardas que no lo necesito...! ¿Qué has hablado tú con Julieta? —dijo intuitivo—. Ya había yo notado que te trastornaba el juicio esa mujer... que no es una mujer decente porque una divorciada no es nunca decente... ¿Qué te ha dicho? ¿Di? ¿Qué te ha dicho?

—¡No grites, hombre! —dijo Antonio al ver a las criadas que se asomaban a la puerta, curiosas.

—Me da la gana... La culpa es mía por darle alas a esta imbécil... a esta idiota, que se ha creído que es algo, que sabe algo, porque cuatro tontos han alabado lo que no entienden... Si se hubiera estado en la cocina cosiendo calcetines como es la obligación de todas las mujeres... ¡Qué equivocación lamentable la de mi vida!

—También lo ha sido la mía y no me quejo —dije, temblando de desesperación.

—¡La tuya! —gritó, escupiéndome a la cara todo el desprecio del macho por la hembra—. ¡La tuya! Pero ¿quién eres tú para quejarte? ¡Vete! ¡Vete! que no puedo más...

Antonio se puso por medio para no dejarle avanzar hacia mí, y yo salí de la habitación donde aún le oí vociferar largo rato... No podía pensar. La vergüenza de verme maltratada delante de mis cuñados y de las criadas, mi dignidad pisoteada, el desprecio en que me envolvían sus palabras, me paralizaban el pensamiento... María me siguió apurada.

—¡No te disgustes mujer! ¡No te disgustes! Él es bueno...

El rencor acumulado durante años de silencio salió a mis ojos y mis labios.

—¡Bueno! Es un inútil y un estúpido...

Mi cuñada se asustó y no dijo nada.

Yo hacía de prisa mi maleta, contaba el dinero preciso para el viaje, me vestía...

—¿Dónde irás a estas horas? Son las diez. Hasta mañana no sale ningún tren...

¡Era verdad! Me dejé caer en una butaca tapándome la cara con las manos... No podía llorar... ¡La inutilidad de tantos años de silencio! ¡El fracaso de todo en mi vida! Morir, Señor, morir y descansar ya de esta farsa agotadora...

El cansancio, la tensión nerviosa tanto tiempo sostenida me rindieron y acabé dormida... Cuando desperté vi a Jorge a mis pies diciendo:

—¡María Luisa! Perdóname... te prometo...

Entonces me eché a llorar loca, desesperada, deshecha de angustia... convertida en un guiñapo que casi no se tenía sobre los pies... Jorge me desnudó, me llevó a la cama, se acostó a mi lado, me abrazó contra él... y no fui su hermana tampoco aquella noche...

Nos fuimos en el primer tren de la mañana. Yo no podía soportar las miradas de mis cuñados y de su servidumbre.

En un rincón del coche, oyendo el traqueteo monótono de la marcha, la escena del día anterior volvía a vivir delante de mis ojos, y las palabras de desprecio volvían a sonar en mis oídos... y lloré, lloré horas y horas ante el estupor de Jorge y el asombro de los viajeros. No quise comer, no dejé de llorar ni de día ni de noche, de llorar por mi juventud perdida, por mis sacrificios fracasados, por todos los ultrajes recibidos, hasta después de insultarme... por toda una comedia sostenida durante años...

En Madrid, la casa cerrada todo el verano, estaba llena de polvo y telarañas. La portera me proporcionó una criadita aquel mismo día

y con ella limpié, sacudí alfombras, fregué cristales, mientras Jorge me miraba satisfecho pensando que estos quehaceres me harían olvidar lo pasado...

Acababa de hacerle la cama, cuando él, que me contemplaba alzando los ojos de cuando en cuando del libro que leía, me dijo:

—¡Qué bien estás en tu papel de amita de casa! Te salen colores con el trajín y se te anima la cara... pareces otra...

—Es que a ti te gusta verme trabajar así —dije, con sorda indignación.

—No lo niego...

—Y hasta crees que solo sirvo para esto... pero yo sé que puedo hacer más... y esta será la última vez que me veas en este papel que tanto te gusta...

Jorge, que no esperaba esto, dicho con tanta firmeza, me miraba asombrado, pero yo estaba decidida a acabar ahora la escena empezada en Alicante.

—Desde mañana empezaré a pintar para ganarme la vida... para no tener que servirte a ti como sirven las mujeres a sus maridos... *servirte para todo*. ¡No! Eso se ha concluido. No quiero nada de ti, no te pido nada... solo te exijo mi libertad... Mi libertad absoluta... ¿Crees que yo he olvidado? ¡No! Yo no olvidaré jamás... Si quieres que siga en esta casa, como si fuera tu hermana, seguiré, si no, me iré a una fonda... Pero yo no soy tu mujer... ¡Ya lo sabes!

Jorge creyó que era solo el rencor de lo sucedido y vino a mí con los brazos abiertos, decidido a la escena de reconciliación definitiva.

Aquella mañana yo no estaba agotada de angustia como la noche en que me abandoné en sus brazos, y retrocedí furiosa.

—¡No me toques! ¡He dicho que no! Piensa lo que quieras, decide lo que quieras, todo me es igual... Recuerda solo que me basto

a mí misma, que no necesito a nadie... que no quiero el cariño de nadie, y que yo a nadie quiero tampoco ¡A nadie! Recuérdalo... Solo pido mi libertad desde este momento.

Jorge muy pálido, volvió a su butaca y dijo:

—¡No grites! ¿Para qué va a enterarse la criada?

—Sí, tienes razón, no gritaré... aunque ante otras criadas me has insultado tú y yo no te insulto...

—Bien —dijo Jorge, despacio, pero como siempre incomprendivo—. Bien, pues... puedes trasladar tu habitación dentro o fuera de la casa... puedes hacer lo que quieras, pero ya te pesará... Por mi parte lo que decidas tú me parecerá bien.